

VIDA DE BERNARDO DE KAGOSHIMA EL PRIMER JAPONÉS QUE FUE A EUROPA

KAGOSHIMA: LA NÁPOLES DEL ORIENTE

Kagoshima es la ciudad más grande de la provincia del mismo nombre y también su capital. Muchas veces se la compara con la ciudad italiana de Nápoles, debido a que ambas tienen un clima templado similar, calles bordeadas con palmeras, habitantes con carácter fuerte y un volcán humeante que, en este caso, se llama “Sakurajima”. El volcán que domina sobre Nápoles es el llamado “Vesubio”, conocido también como el destructor de la antigua ciudad de Pompeya del Imperio Romano el 24 de agosto del año 79 de nuestra era.

Kagoshima era la residencia del poderoso clan Shimazu, una familia cuyos Daimyos o señores feudales gobernaron la ciudad por alrededor de 700 años hasta el final de la época feudal japonesa en 1868.

Sakurajima, cuando Javier llegó a Kagoshima el 15 de agosto de 1549 era una isla de unos 80 kilómetros cuadrados. Pero desde 1914 hubo una gran erupción del volcán y la enorme cantidad de lava que arrojó por su cráter se solidificó y unió la isla con la península de Osumi, con lo cual el Sakurajima ya no es una isla, sino una península conectada con la isla de Kyushu frente a Kagoshima.

Cuando Javier bajó de su barco a esta tierra de Kagoshima, la primera del Japón que el misionero jesuíta pisaba, dominaba aquí como Daimyo del período Sengoku de la historia del Japón: Shimazu Takahisa (1514-15 de julio de 1571).

Takahisa promovió activamente las relaciones con países extranjeros. Fue el primer Daimyo en traer armas de fuego europeas al Japón, después del arribo de un barco portugués a Tanegashima en 1543. En 1549, dio la bienvenida al misionero Francisco Javier, a quien garantizó seguridad en su dominio así como la libertad de expandir el catolicismo, aunque más tarde se retractaría debido a las protestas de monjes budistas.

Bernardo era de familia de hidalgos “Samurái”, sin rentas, pobre, al servicio del clan de Satsuma. Y quizás, su apellido era Kawanabe, una de las familias de Samuráis que servían al Daimyo Shimazu Takahisa.

El Samurái guerrero debe ser un hombre noble de sentimientos. Y está dispuesto a morir, viviendo su vida sin la preocupación o el miedo a la muerte

Las “siete virtudes” del Samurái o del Bushido son:

- “GI” – Rectitud o justicia (decisiones correctas).
Ser honrado en el trato con todo el mundo.
- “YUU” – Coraje, espíritu de audacia y la entereza.
Un Samurái debe tener valor heroico. Pero no es un coraje ciego, sino inteligente y fuerte.
- “JIN” – Benevolencia y sentimiento de consternación ante las desgracias.
- “REI” – Respeto, cortesía.
Un Samurái es cortés incluso con sus enemigos.
- “MAKOTO” – Honestidad, veracidad, sinceridad.
- “MEIYO” – Honor.
El auténtico Samurái sólo tiene un juez de su propio honor, él mismo.
- “CHUU” – Lealtad.
Un Samurái es intensamente leal a aquellos bajo su cuidado.

Las cuatro fuentes principales del “Bushido” o Código de los Samuráis son:

- Confucianismo.
Respeto a los antepasados, virtudes de lealtad y compasión.
- Budismo.
El estoicismo pleno y tenaz que acompañaba al Samurái hasta los últimos días de su vida. Acepta la muerte como una realidad ineludible con gran ecuanimidad.
- Zen.
La práctica del Zen libera la mente del Samurái de la distracción y lo habilita para perseguir la perfección en todas las cosas, el autocontrol.
- Shintoísmo.
Otorga al Samurái los valores éticos de afinidad y amor por todas las cosas vivas, y una profunda enseñanza de la lealtad con el señor o Daimyo.
La creencia en la pureza de lo innato.

He tomado estos datos del conocido libro de Nitobe Inazo, “Bushido”-El espíritu del Japón. DOJO Ediciones, Madrid 2010.

Bernardo era, pues, un joven, leal guerrero, que ya dijimos antes tendría unos 15 años cuando encontró a Javier. Muy joven todavía.

El misionero jesuíta Francisco Javier pisó, junto con sus compañeros, suelo japonés en Kagoshima, como ya dijimos antes la capital de Satsuma, el reino más meridional de Japón, el 15 de agosto de 1549. Sobresalía sobre la montaña el enorme monasterio budista Fukoshoji y a sus pies el mausoleo de

los Daimyos de la casa reinante, los Shimazu. En el abrigado muelle junto a la desembocadura del río Inari desembarcó el junco que traía al primer misionero católico en Japón.

Poco después de su llegada, Anjiro (Paulo de Santa Fe), compañero de Javier bautizado por éste en Goa, visitó al señor feudal de Kagoshima, que era el Daimyo Shimazu Takahisa, de 35 años. Era budista, shintoista y también confucionista. Quiso tener por escrito un resumen de la doctrina cristiana. Un mes más tarde lo visitó Javier, el día de San Miguel, el 29 de septiembre, santo Arcángel al que Javier solía invocar no sólo como defensor de la Iglesia sino como Patrono de Japón. Se intercambiaron regalos. Javier mostró al Daimyo y a su madre una pintura de María con el Niño Jesús que les gustó mucho, veneraron con una gran reverencia y quisieron tener una copia de ella. Takahisa dio permiso para predicar la nueva doctrina y poco después publicó el edicto correspondiente. Y hasta puso a disposición de los recién llegados una casa en la ciudad, donde todos se aposentaron.

La primera gran tarea, después de la lengua, fue la redacción del catecismo, que redactó Anjiro. Llegó a ser un libro extenso. Fue el primer Catecismo del Japón hasta el año 1556, cuando se redactó otro todavía más largo. Escrito en caracteres latinos, fue el manual que Javier y sus compañeros misioneros leían a los muchos visitantes de su casa y con el que el maestro Javier iba dos veces al día al monasterio de Fukushoji para leerlo en voz alta en el escalón más alto de la escalinata frente al portal exterior del templo. Unos se le reían, otros le tenían por loco o por brujo. Algunos guardaban silencio, otros le escuchaban. No faltaron tampoco los que admiraron su paciencia, su vida santa y el sacrificio de venir de tan lejos.

No sabemos dónde ocurrió el primer encuentro del joven Samurái, quizás de la familia de hidalgos llamada Kawanabe, con Javier. Esta familia estaba al servicio del Daimyo. ¿Sería durante la visita de Javier al Daimyo Shimazu Takahisa, que estaría rodeado de sus cortesanos y Samuráis? O ¿sería al pie de la escalinata del monasterio de Fukushoji donde Javier leía en alta voz su catecismo de la doctrina cristiana? Lo cierto es que Javier atrajo mucho la atención de aquel joven, hasta el punto de que después de escuchar la explicación del Catecismo que le hizo Anjiro y el mismo Javier en su imperfecta lectura en japonés del Catecismo, quedó tan bien impresionado por la personalidad y santidad de Javier y el contenido de la fe cristiana que le pidió el bautismo. Javier le impuso el nombre de Bernardo. ¿Por qué? San

Bernardo (1090-1153) fue también un joven noble francés de la Edad Media. Un joven de penetrante inteligencia y dulzura de corazón. Pienso que, según Javier, para aquel joven Samurái de 15 años, algo más joven que el santo, cuadraba muy bien bautizarlo con el nombre de Bernardo. Los dos se parecían en fidelidad y desprendimiento de lo terreno.

Las cosas se pusieron mal en la capital de Kagoshima. Los bonzos, muy poderosos e influyentes, preocupados por el aumento de bautizados - unos 150 - amenazaron al Daimyo Takahisa, quien, a pesar de su buena voluntad y de su esperanza en las buenas relaciones comerciales con los extranjeros portugueses, viendo que el barco portugués no fue a su puerto sino al del rival más al norte en Hirado, cedió a las presiones de los bonzos y prohibió, bajo pena de muerte, más conversiones a la nueva religión. Javier decidió no esperar más y poner en marcha su plan inicial de visitar al Emperador del Japón en Miyako (Kyoto). A fines de 1550 Javier y sus 6 acompañantes: el P. Cosme de Torres y el Hermano Juan Fernández, los tres intérpretes japoneses: Joane, Antonio y Bernardo y el criado indio Amador, embarcaron su equipaje y regalos para el Emperador del Japón, y se despidieron de toda la comunidad de cristianos en el embarcadero de la desembocadura del río Inari. El barco se deslizó poco a poco por el río hasta desaparecer de la vista de los cristianos japoneses de Kagoshima.

Javier pasó casi tres meses en la pequeña isla de Hirado: desde fines de agosto a octubre de 1550. En Hirado les recibió con salvas de cañón el capitán del barco portugués don Pereira de Miranda. El Daimyo Matsuura Takanobu invitó a Javier y a sus compañeros a su palacio. La montañosa isla de Hirado estaba habitada por campesinos y pescadores sobre todo; éstos últimos iban a la caza de ballenas hasta cerca de Corea. Gracias a la presencia de los portugueses, Takanobu dio permiso a Javier para predicar la nueva doctrina. Javier tenía prisa en ir hasta Kyoto antes de que empezase el frío y nevado invierno. Es por eso que a fines de octubre, Javier dejó al P. Cosme de Torres junto con los japoneses Joane y Antonio y el indio malabar Amador a cargo de la nueva comunidad cristiana de Hirado: unas 100 personas, y él junto con el Hermano Fernández y el fiel Bernardo emprendieron a pie el camino hacia Yamaguchi.

La distancia de Hirado a Yamaguchi era de unos 248 kilómetros. La primera etapa del viaje, desde Hirado a Hakata, la hicieron en barco. Una travesía de 2 días, pero la irregularidad de la costa con numerosos islotes y el

peligro de los piratas apostados en los estrechos para abordar a los barcos, robar a sus pasajeros e incluso venderlos como esclavos, obligaron a Javier y a sus dos acompañantes a ocultarse en la bodega del barco hasta llegar a Hakata. Su puerto era el centro del comercio naval con China y Corea. La ciudad estaba habitada por ricos comerciantes y tenía más de 10.000 casas. De Hakata Javier, Fernández y Bernardo salieron hacia Yamaguchi a pie. Una distancia de unos 124 kilómetros, a caminar durante 5 o 6 días. Llegaron a Kurosaki y la bahía de entrada al estrecho de Shimonoseki, que separa la isla de Kyushu de la isla principal del Japón llamada Honshu. Cruzaron el estrecho. Fue un rudo viaje por sendas cubiertas de nieve. Sólo tenían una manta para cubrirse los tres. En las posadas sólo encontraban una estera de paja y una almohada de madera. Bernardo llevaba un saco de arroz tostado. Cuando no encontraban albergues ni víveres para comprar, mataban su hambre con este arroz y proseguían su camino. Más tarde, Javier dijo que en aquel viaje hacia la capital Kyoto, le salvó la vida el arroz de Bernardo (M.H.S.I., XX, 877-878).

A principios de Noviembre de 1550 llegaron a Yamaguchi, capital del poderoso Daimyo Ouchi Yoshitaka. Vivían aquí más de 10.000 personas. Había muchas “Jinjas” (templos shintoistas) y “Teras” (templos budistas) en las laderas de las montañas circundantes con Yamaguchi. Después de una larga búsqueda, por fin encontraron alojamiento en casa de un tal Uchida. La noticia de la llegada de unos extranjeros de Tenjiku, el país de origen de Shaka, corrió por la ciudad y muchos bonzos y nobles quisieron encontrarse con ellos. Es por eso que Javier decidió interrumpir el viaje a Kyoto y quedarse una temporada para proclamar el Evangelio de Jesús en Yamaguchi, concretamente fue hasta septiembre de 1551.

El Daimyo Ouchi Yoshitaka, de 43 años, quiso ver a Javier en persona. En la audiencia, Yoshitaka pidió a los misioneros que le hablasen de su doctrina. Ocho días antes de Navidad, Javier, Fernández y Bernardo salieron de Yamaguchi rumbo a Kyoto.

Era el 17 de diciembre de 1550. Por senderos nevados, subiendo y bajando montañas, llegaron a Mitajiri, el puerto de Yamaguchi. Caminando junto a la costa alcanzaron a Tokuyama. Dos días después estaban en Iwakuni. Durante el trayecto, a veces la nieve les cubría hasta las rodillas.

En Iwakuni se embarcaron hacia Sakai, a más de 90 kilómetros de distancia. Una navegación de más de dos semanas. La primera parada que hicieron fue

en Miyajima, donde admiraron el templo shintoísta de color rojo, la “Jinja” de Itsukushima construido por Taira Kiyomori. Después su barcaza cruzó el Mar Interior del Japón, infestado por piratas, hasta alcanzar Mihara, donde encontraron albergue. Después por Onomichi hasta alcanzar el puerto de Sakai. Aquí se hospedaron cerca del puerto en la residencia de un tal Hibiya Kudo, un rico mercader. Este gentilhomme preparó el viaje de Javier y sus dos compañeros a Kyoto, acompañando el séquito de un noble que iba a la capital, rodeado de Samuráis. Miyako estaba a 2 días de viaje desde Sakai. Caminando por la “vía de Kyoto”, pasaron por Hirakata, Hashimoto, siempre junto a la orilla derecha del río Yodogawa, hasta Yodo y Toba. Bernardo contó después en Roma que Javier iba corriendo detrás del carruaje del noble, contentísimo y lanzando al aire y recogiénola una “mandarina” que llevaba entre sus manos. Y por fin en enero de 1551 entraron en Miyako o Kyoto. Con la carta de recomendación de Hibiya Kudo buscaron y encontraron la casa del comerciante Konishi. Al día siguiente, acompañados por un siervo de Konishi como guía, fueron al monasterio-universidad budista junto al pueblo de Sakamoto, al pie del alto monte Hiei-zan, desde donde se divisa muy bien el amplio lago de Biwa.

El monasterio-universidad de Hiei-zan, le pareció a Javier una contrapartida de la Universidad Sorbona de París, centro sapiencial del Cristianismo, mientras que aquí, en Hiei-zan era del Budismo.

Javier y Fernández llamaban la atención por ser extranjeros y porque iban vestidos con sotanas desgastadas y sucias. Sufrieron burlas. Bernardo el Samurái iba a su lado. Y al llegar al pórtico del monasterio, la desilusión de Javier fue grande. Para poder entrar en el recinto se necesitaban regalos para el bonzo supremo. Javier quería conseguir una audiencia y permiso para predicar la doctrina cristiana entre los bonzos estudiantes. No fue posible. Javier había dejado sus regalos en Hirado. Volviendo atrás pararon una noche en Sakamoto. Ahora Javier pensaba en una audiencia con el Emperador en Kyoto, que Javier llamaba el Rey del Japón. Pero descalzo, sucio, con sus dos acompañantes el Hno. Fernández y Bernardo, sin ningún obsequio para el Emperador, un vez más no consiguió su deseada audiencia en la destartalada residencia donde vivía el Emperador. Por otro lado, de vuelta a la casa de Konishi, éste le hizo saber que en Japón, más que el Emperador, los que tenían el poder eran los “Shogun” o Daimyos de las regiones vecinas y lejanas, como eran los Daimyos de Yamaguchi, Bungo y

Kagoshima.

Un nuevo plan surgió en la mente de Javier. Irían de vuelta a Yamaguchi, pero no como pobres siervos de Cristo, sino con cartas de Roma y regalos, porque el Japón no entendía aún la pobreza de la cruz de Jesucristo.

Javier, Fernández y Bernardo estuvieron en Yamaguchi desde finales de enero hasta el fin de agosto de 1551. Pero antes querían ir a Hirado para recoger su equipaje y regalos dejados allí.

Javier, Fernández y Bernardo sufrieron todavía más en su viaje de regreso de Kyoto a Hirado. Frío en los caminos nevados y también en el barco, ya que estaban en el mes más frío del invierno en Japón, que es el de febrero. Al cabo de 4 meses llegaron a Hirado, donde el P. Cosme de Torres se alegró de verlos a mediados de marzo de 1551. Javier cargó sus regalos europeos en otro barco, y de nuevo los tres compañeros se embarcaron hasta Ogori. De aquí, con su equipaje a lomos de mulas marcharon hacia Yamaguchi, a donde llegaron a fines de abril. Javier pidió otra audiencia por medio de Naito, que era el secretario del Daimyo Ouchi Yoshitaka. Esta vez Javier se le presentó vestido con sotana de seda y como embajador del gobernador de la India. Le tendió dos cartas de recomendación: del gobernador portugués de la India y del obispo de Goa; y ofreció 16 regalos, entre los cuales llamó mucho la atención del Daimyo y sus cortesanos un reloj mecánico, una cajita de música, un arcabuz o espingarda ricamente decorado, un par de gafas, dos telescopios, telas bordadas, vasos de cristal, vino portugués, libros, pinturas, tazas de té y otras cosas. El Daimyo Yoshitaka se puso muy contento y quiso regalar a su vez a Javier cosas, pero éste lo las quiso; tan sólo pedía permiso para predicar la Ley de Dios. Yoshitaka se lo concedió y ordenó que nadie molestase a los misioneros cristianos. Les ofreció también como residencia un monasterio budista deshabitado. De mayo a julio de 1551 Javier junto con el Hno. Fernández y Bernardo siguieron evangelizando. A primeros de julio, en otra audiencia con el Daimyo Yoshitaka, Javier le regaló una Biblia bella.

A fines de agosto de 1551, llegaron noticias de que un barco portugués había atracado en Bungo, en la costa noreste de Kyushu. Javier llamó al P. Cosme de Torres para que desde Hirado fuera a Yamaguchi, a donde éste llegó el 10 de septiembre. Y desde Bungo, el Daimyo Otomo Yoshishige, por carta invitó a Javier a ir a Bungo. También llegó otra carta del capitán del barco portugués que era Duarte da Gama, conocido de antes por Javier.

Javier dejó al Hno. Fernández en Yamaguchi junto con el P. Cosme de

Torres y en compañía de Joane como intérprete y de Bernardo y Mateo, otro joven de Yamaguchi, como dos “guardaespaldas”, se trasladaron desde Yamaguchi a Bungo en 7 días. Los dos jóvenes Bernardo y Mateo no querían separarse de Javier, deseaban ir con él hasta Goa y Europa y que también les guiará a Jerusalén.

En Bungo, el barco portugués estaba amarrado en el puerto de Okinohama; y la capital era la ciudad de Funai, a un par de kilómetros del puerto. El capitán del barco Duarte da Gama recibió a Javier con salvas de cañón y con mucha alegría y respeto.

Tan pronto como el Daimyo Otomo Yoshishige, que tenía tan sólo 22 años de edad, oyó que Javier había llegado a Funai, le invitó a su palacio. Allí marchó la comitiva de Javier, vestido ricamente como embajador de Goa. Fue recibido con mucha pompa y honores. El Daimyo estaba muy interesado en los arcabuces y armas de fuego de los portugueses. En seguida intimó con Javier y le dio permiso para predicar el Cristianismo y una residencia junto al puerto en Okinohama. Otomo Yoshishige más tarde se bautizó y fue con el nombre de “Francisco”, el mismo nombre de Javier al que tanto veneraba. Javier, Bernardo y Mateo estuvieron en Bungo los dos meses de septiembre y octubre de 1551, hasta cuando Javier empezó a preocuparse por lo que estaría pasando en la India y en Malaca. Decidió volver allá, reclutar más misioneros para Japón, a donde podría volver con ellos en agosto de 1552.

A mediados de noviembre de 1551 el barco de Duarte da Gama levantó el ancla del puerto de Okinohama rumbo a China y la India. En el barco iban Javier, Bernardo y Mateo deseosos de visitar la India y Europa.

Les hacía soñar con la Ciudad Eterna de Roma, contándoles sus experiencias allí en los años 1539-1540, la grandeza y majestad del Papa que en Roma habita. Es por eso que Bernardo y Mateo querían verlo con sus propios ojos. La nave les llevó a Malaca y de aquí a Cochín en la India, a donde sin incidentes llegaron el 24 de enero de 1552. Y de Cochín fueron a Goa a donde llegaron a principios de febrero de 1552. Javier presentó al Embajador de Bungo ante el Gobernador de Goa.

El 17 de abril de 1552 Javier partió en el barco “Santiago” del capitán Diogo de Sousa hacia China.

Poco después de partir Javier, Mateo no resistió el clima demasiado cálido de la India y murió.

En marzo de 1553 Bernardo con sus dos compañeros portugueses debían embarcarse hacia Lisboa. Antes de embarcarse, Bernardo recibió un fuerte golpe, lo mismo que todos los jesuítas de Goa al recibir la noticia de la muerte de Javier en la isla de Sanción el 3 de diciembre de 1552. La flota portuguesa que salió de Goa después de una larga y pesada travesía bordeando por el Sur de Africa y subiendo luego por el Mar Atlántico, sufriendo del mareo, la sed, las calmas y tormentas que hicieron se perdieran 6 de las naves de la flota portuguesa, llegaron en su barco a Lisboa en el mes de septiembre de 1553.

Bernardo se hospedó en el famoso colegio jesuíta llamado de S. Antonio en Lisboa. Después de una travesía de los mares tan larga y expuesta a muchos peligros, era natural que nuestros viajeros se sintieran muy cansados. Tal es el caso en particular de Bernardo. Fueron necesarios pocos meses de reposo, de modo que a mitad de febrero de 1554 ya estaba bien del todo.

Bernardo hizo una impresión óptima a los jesuítas de Portugal.

Antes de entrar en la Compañía de Jesús, Bernardo acompañado de un par de jesuítas, sin duda visitó los monumentos principales de Lisboa. A saber, el “Castillo de S. Jorge” que data de los tiempos del Imperio Romano, la “Catedral de Santa María Mayor”, empezada a construirse en 1147 en estilo románico que luego se continuó en estilo gótico. En el puerto de Lisboa la “Torre de Belén”, cuya construcción se inició en 1514, bajo el reinado de Manuel I de Portugal (1495-1521) y terminada en 1520, el “Monasterio de los Jerónimos”, encargado por el rey Manuel I de Portugal y terminado en 1520. El Monasterio fue construído en estilo manuelino. La portada renacentista del monasterio se extiende alargadamente muchos metros llamando mucho la atención y al entrar en la iglesia Bernardo se debió admirar de la grandeza de la bóveda del crucero y su compleja red de nervaduras.

Muy admirado por ver tantos monumentos, Bernardo, en los primeros meses de 1554 se sintió atraído a la Compañía de Jesús, en la cual fue admitido en una fecha que oscila entre el 14 de febrero y el 8 de mayo de 1554, pero lo más probable es que fue en la segunda mitad de febrero. Bernardo comenzó su noviciado en Coímbra y se pensó en enviarle en peregrinación a Roma para que se encontrase con el santo fundador de la Compañía de Jesús el Padre General Ignacio de Loyola.

El 17 de enero de 1554, El P. Ignacio hizo escribir una carta para el Padre Superior de Portugal diciéndose en ella: “Nuestro Padre tendrá placer en

retener a Bernardo por algún tiempo en Roma, si no hay peligro para su salud y piensa que la cosa redundará en honor de Dios nuestro Señor” (M.H.S.I., VI, 204).

El 17 de julio de 1554 Bernardo, acompañado de un Hermano coadjutor enfermero llamado Luis Quaresma, que iba destinado como primer enfermero del Colegio Romano, salió de Coímbra rumbo a Barcelona. La idea acariciada por Bernardo era poder vivir cerca del santo fundador Padre Ignacio de Loyola, rezar ante las tumbas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, postrarse a los pies del Santo Pontífice. Todo esto le daba ya una gran consolación anticipada.

El viaje desde Coímbra a Barcelona aconteció pasando por las ciudades españolas de Salamanca, Segovia y Valencia. Este viaje en pleno verano y a lomos de caballo cansó mucho a nuestro viajero Bernardo.

En la segunda mitad del mes de agosto se encontraba enfermo en Salamanca, ciudad cerca de la frontera entre Portugal y España. Estaba enfermo con alta fiebre y mal del hígado, lo que soportaba con gran paciencia.

Bernardo se mejoró un poco. Pudo visitar, como él deseaba, la Universidad de Salamanca, la primera de España declarada Universidad en 1253. También pudo visitar las dos Catedrales: la Vieja Catedral en estilo románico del siglo XII y la Nueva Catedral gótica del siglo XVI.

Bernardo y el Hermano Coadjutor que le acompañaba continuaron su viaje hasta Segovia. Aquí Bernardo volvió a caer enfermo y quedó durante un cierto tiempo en casa de un gran amigo de los jesuítas, Don Luis de Mendoza.

Después de reponerse, antes de proseguir su viaje, es de suponer que Don Luis de Mendoza quisiera mostrar lo más notable de Segovia a Bernardo. Lo más llamativo, que es primero el “Acueducto Romano” de más de 15 kms. de longitud y con 163 arcos. Luego detrás del Acueducto la elevada silueta del Alcázar, un castillo del siglo 15 donde fue coronada Reina de Castilla Isabel la Católica en el siglo XVI. También no lejos de allí la Catedral de Santa María en estilo gótico del siglo 12.

Desde Segovia, todavía un largo viaje a caballo, nuestros viajeros llegaron a Valencia el 6 o 7 de noviembre, desde donde debían partir hacia Barcelona.

Bernardo y el Hermano coadjutor acompañante entraron en Valencia por la medieval Puerta de Serranos. Cerca de allí visitaron la Catedral de estilo gótico edificada en los siglos 13-14. Y dentro de ella, hicieron una visita al Santo Grial: el cáliz que usó Jesús en su Última Cena de Jerusalén, venido a

la Catedral de Valencia después de una historia larga y llena de peripecias.

Desde Valencia, Bernardo y su acompañante llegaron a Barcelona probablemente a primeros de diciembre de 1554 y no tardaron en embarcarse para Sicilia.

Desde Barcelona a Sicilia la navegación fue buena, aunque el miedo a los corsarios piratas y a las tormentas del mar siempre amenazaban a los viajeros por barco causándoles miedo, que a su vez les incitaba a orar y ponerse confiadamente en manos de Dios.

Desde Sicilia, Bernardo y el Hermano navegaron en otra nave hasta Nápoles, a donde llegaron para la fiesta de Navidad de 1554.

Bernardo contemplaría en lontananza el monte volcán Vesubio, que le recordaría al Sakurajima de su patria chica Kagoshima y tantos recuerdos de su infancia y juventud allí. Un día quizás le guiaron hasta las ruínas de la ciudad de Pompeya destruída por la erupción del Vesubio, como ya dijimos en el capítulo 1, en el año 79 de nuestra era.

Pasadas las fiestas de Navidad y Año Nuevo, nuestros viajeros continuaron su viaje hacia Roma, a donde llegaron entre el 5 y 6 de enero del 1555.

La impresión que el fundador de la Compañía de Jesús tuvo de Bernardo, el convertido por Javier, fue sin duda muy buena.

Bernardo pudo visitar las 4 Basílicas Mayores de Roma: S. Pedro, San Pablo Extramuros, San Juan de Letrán y Santa María la Mayor.

La Basílica de S. Pedro, todavía sin la cúpula de Miguel Ángel, pero Bernardo sí que pudo admirar la bellísima escultura de “La Pietá” de Miguel Ángel, obra de 1499.

Bernardo que hablaba bastante en portugués y algo en italiano, quiso también estudiar latín en el Colegio Romano. Durante la estancia de Bernardo en Roma, evidentemente en 1555, vino a la Ciudad Eterna Federic von Wirsberg, entonces decano y después obispo de Würzburg, que quiso visitar a S. Ignacio y conoció a nuestro Bernardo, del cual recibió como regalo algunas frases escritas en caligrafía japonesa y traducidas al italiano en el mismo papel, las cuales el dicho obispo conservaba aún en 1568.

A fines de 1555, el P. General Ignacio permitió que escolares jesuítas de varias nacionalidades, los cuales se encontraban en el Colegio Romano, marcharan a varios colegios jesuítas de España y Portugal, sea porque las finanzas del Colegio Romano no eran holgadas, sea porque se esperaban grandes ventajas de la fusión de todas estas nacionalidades. Por ello, el 18 de

octubre de 1555 partieron de Roma una docena de escolares jesuítas de varias nacionalidades y con ellos iba también Bernardo (M.H.S.I., LVI, 40-41).

Los jóvenes jesuítas salieron solos de Roma. Hicieron el viaje a pie hasta Florencia, pero para los más débiles un par de caballos arrastraban un carrozato. Al responsable de la pequeña caravana, también él un escolar, se le recomendó tener cuidado de los más débiles y en particular de Bernardo el japonés (M.H.S.I., IX, 729).

De Florencia marcharon a Pisa, luego a Lerici y de aquí a Génova por las carreteras de aquella época, llegando a Génova el 28 de noviembre de 1555. El itinerario a través de Francia hasta Marsella no era practicable, a causa de la guerra entre el Emperador Carlos y el rey Henri II de Francia.

En Génova acaeció un incidente que prueba la gran ingenuidad de nuestro Bernardo. Entre los jóvenes jesuítas estudiantes de la caravana iba un tal Francesco Alessandro, al que se le calificaba de “un joven siciliano de una erudición nada vulgar”. Este joven había estudiado hebreo y probablemente lo leía discretamente. Pero Bernardo pensaba que el hebreo era la lengua de aquellos que habían crucificado al Señor. ¿Acompañarse de uno que había estudiado esta lengua no era igual a acompañarse de los enemigos de Jesús? Es por esa razón que en más de una ocasión Bernardo mostró estar impaciente en compañía de aquel siciliano. La cosa se notó tanto que el P. Nadal, que era el Superior durante el viaje, llegó a escribir en sus Apuntes que Bernardo iba fuertemente irritado en contra de Alessandro, porque éste sabía la lengua hebrea, la de aquellos que habían crucificado al Señor. Fue necesaria una explicación del mismo P. Nadal o del P. Gonzales da Cámara para restablecer la armonía entre nuestros jóvenes viajeros jesuítas.

Todos ellos, después de haber esperado varios días en Génova, por fin zarparon en una nave el 21 de diciembre, teniendo una apacible navegación y desembarcando en Alicante, al este de España, el 1 de enero de 1556 (M.H.S.I., XL, 41; LI, 184).

Casi todo aquel mes de enero estuvieron caminando desde Alicante a Valladolid, la capital del Reino de España hasta que Felipe II trasladó su corte a Madrid.

Y de Valladolid marcharon todos a Portugal, entrando en Lisboa el 12 de febrero de 1556. De aquí Bernardo no tardó en ser enviado con los otros jóvenes escolares al célebre Colegio de Coímbra (M.H.S.I., LVII, 740-741).

Todas las aventuras de este largo viaje no contribuyeron a restablecer la salud de nuestro japonés Bernardo. Probablemente aquel año lo pasó en altibajos de salud. Bernardo se entristeció mucho cuando el 31 de julio de ese año de 1556 murió en Roma S. Ignacio a los 65 años de edad. La noticia llegó a Coímbra casi un mes después. Quizás Bernardo tuvo entonces el presentimiento de que pocos meses después le iba a seguir él mismo muriendo a este mundo para encontrarse de nuevo con el Santo Fundador de la Compañía de Jesús en el cielo.

Y en los primeros meses de 1557 recayó enfermo gravemente y poco antes del 3 de marzo, día del Miércoles de Ceniza, o sea en febrero, Bernardo murió en Coímbra a los 23 años de edad, sin haber podido volver a su patria del Japón. Llama la atención que en el Colegio de Coímbra no se diese a conocer la fecha fija de su muerte.

“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto” (Juan 12, 24).

Estas palabras de Jesús que se aplican a su vida y muerte salvadora, me vienen a la mente al acabar este libro de presentación de Bernardo, el primer japonés que fue a Europa, y también el primer japonés jesuíta.

Bernardo me parece que vivió y murió como “un grano de trigo”...hizo sus primeros votos como jesuíta después de acabar la prueba del Noviciado, pero no llegó a ser ordenado sacerdote, ni pudo volver al Japón para ser un testigo y evangelizador de Jesucristo en su país.

Su tumba en la Iglesia de los jesuitas en Coímbra. Una Iglesia barroca preciosa, calcada de la Iglesia del Gesú en Roma, que es la Iglesia Madre de la Compañía de Jesús, con una fachada espléndida en ambas iglesias. La tumba está al pie de la estatua de S. Ignacio, en la capilla que se encuentra frente al Santísimo Sacramento.

Juan Catret, S.J.